8. Mis recuerdos de fray Ignacio de Madrid

SANTIAGO CANTERA MONTENEGRO, O.S.B.
Abadía Santa Cruz del Valle de los Caídos

El primer monje jerónimo al que conocí, en el año 1992 cuando yo tenía 20 años, fue el P. Fr. Antonio de Lugo. Le conocí en unas charlas cuaresmales en Madrid. Me encontraba estudiando el segundo curso de la carrera de Geografía e Historia en la Universidad Complutense de Madrid y me planteaba muy seriamente la vocación monástica, aunque con serias dudas también porque ante mi porvenir se presentaba asimismo la posibilidad de asumir el matrimonio cristiano con toda su grandeza como proyecto de vida y de santidad y en mi cabeza y en mi corazón rondaba una chica con la que había trabado una buena amistad. Aunque en el panorama de la vida monástica me atraían mucho las figuras de San Bernardo de Claraval y del Hermano Rafael Arnáiz, hoy ya canonizado, había tenido conocimiento de la Orden de San Jerónimo, Orden monástica españolísima con una historia y una espiritualidad atrayentes. Mi padre, filólogo y traductor, era además un gran devoto de San Jerónimo. Fui a hablar con el P. Lugo acerca de mi vocación y de la Orden y me propuso pasar unos días en el monasterio de Yuste, donde se encontraba él, si bien debía venir a Madrid con frecuencia para la rehabilitación de sus problemas crónicos de espalda. Esas venidas a Madrid serían para mí ocasión de tratar espiritualmente con él y de poder ir conociendo la profundidad de su vida interior, su amor a la Orden y la riqueza de su personalidad.

Cuando ese verano de 1992 fui unos días a Yuste, tuve la oportunidad de conocer a Fr. Ignacio de Madrid. La verdad es que ya le conocía de referencia, al ver su firma en las voces del *Diccionario de Historia Eclesiástica de España* sobre la Orden de San Jerónimo, sus monasterios y sus monjes y autores más destacados. Había podido saber también que era un gran conocedor y estudioso de la historia de la Orden por otros trabajos suyos. Por lo tanto, cuando en cierto momento en Yuste nos presentamos y me dijo que era el P. Ignacio, añadí al instante: «¿El P. Fray Ignacio de Madrid?» Se sorprendió un poco de que le conociera así y le expliqué el motivo. En Yuste me enseñó el monasterio y el palacio del Emperador y tuve la oportunidad de comprobar sus buenos conocimientos históricos.

Unos años después comencé a rondar El Parral de Segovia por recomendación de Fr. Antonio de Lugo, pues, al ver que me iba planteando con auténtica inquietud espiritual la posibilidad de la vocación jerónima, me sugirió conocer también el monasterio donde estaba el noviciado en esos momentos y comenzar a tratar con el maestro de novicios. Allí volví a encontrar a Fr. Ignacio de Madrid, que había pasado a El Parral. Y allí volvimos a hablar de la historia de la Orden y me mostró el Archivo Histórico Jeronimiano, que él había ido reuniendo y organizando, incluso con un pequeño museíto de recuerdos de monasterios de España. Con él hablé también de mi vocación monástica y de mi afecto por los jerónimos. En algunas de mis estancias me ofreció ayudarle en el trabajo con las fichas y así lo hice.

Al terminar la carrera y el servicio militar como alférez de complemento, y dado que estaba con dudas y no tenía muy claro si dar el paso a la vida monástica y hacia qué Orden, el P. Lugo me recomendó realizar la tesis doctoral, posibilidad que yo me planteaba y en la que deseaba estudiar un tema monástico o espiritual. Uno de los temas que pensé fue el de los jerónimos en los años siguientes a la tesis elaborada por D. Josemaría Revuelta, a quien después pude conocer, y creo que fue precisamente por iniciativa de Fr. Ignacio, que me puso en contacto con él. Me entusiasmaba la idea de estudiar la Orden de San Jerónimo, conocerla más y así poder discernir mejor si Dios me llamaba por ese camino. Pero mi director de tesis, el Dr. Miguel Ángel Ladero Quesada, me indicó que se había presentado una tesis al respecto en Francia y que, no teniendo aún conocimiento directo y detallado de ella, era un poco arriesgado abordar el tema, y me orientó hacia la posibilidad de estudiar la Orden de la Cartuja, idea que asumí de inmediato con sumo agrado.

En una de esas visitas a El Parral, Fr. Ignacio me mostró la tesis inédita de Sophie Coussemacker, que la autora generosamente le había regalado con sus cuatro volúmenes, pues él había sido un importante punto de apoyo y referencia para el trabajo de esta investigadora francesa de origen sueco. No obstante, yo me había decantado ya por una tesis sobre los cartujos en la España bajomedieval y los comienzos de la Edad Moderna y la había inscrito en la Universidad Complutense. Pero eso no restaba mi interés por los jerónimos, tanto en el terreno de la historia como en el de la espiritualidad y el del discernimiento vocacional. Aunque es verdad que en estos dos terrenos (vida espiritual y vocación) traté siempre mucho más a fondo con Fr. Antonio de Lugo, también conversaba sobre ellos con Fr. Ignacio de Madrid y con otros monjes de El Parral. Pero con Fr. Ignacio sobre todo abordaba temas de la historia de la Orden, que a él le entusiasmaban.

Recuerdo, así, el encargo que me hizo de localizarle algunos artículos de revistas para el Archivo Histórico Jeronimiano y que, en efecto, conseguí y le llevé fotocopiados: uno de ellos era precisamente de mi director de tesis. A ellos añadí alguno más que localicé por mi cuenta y ciertos libros, por ejemplo uno del monasterio de San Miguel del Monte, próximo a Burgos. En una de estas ocasiones, recuerdo lo amablemente que acogió a mis padres y a uno de mis hermanos, que me acompañaron a El Parral. Me acuerdo de que había visitado previamente a Fr. Antonio de Lugo en Madrid y le enseñé el libro mencionado sobre San Miguel del Monte, y me dijo: «Llévaselo a Fr. Ignacio, que le hará ilusión». Y recuerdo la sorpresa que di a Fr. Ignacio cuando, investigando para mi tesina o memoria de licenciatura sobre la cartuja de Santa María de Aniago, en el término de Villanueva de Duero (15 km. al suroeste de Valladolid), descubrí los documentos que reflejaban que allí había existido una desconocida fundación jerónima entre 1376 y 1382: se trataba de uno de los cuatro primeros monasterios que permitía fundar la bula *Sane petitio* de Gregorio XI de 1373 y en cuya fundación había participado nada menos que uno de los padres de la nueva Orden, Fr. Pedro de Guadalajara (Pedro Fernández Pecha). Era una fundación que curiosamente no aparecía recogida en las crónicas e historias de la Orden, pero de la que había documentación evidentísima en el Archivo Histórico Nacional de Madrid. Dediqué al asunto una comunicación en un congreso de Historia de Valladolid en 1996 y le llevé la separata; más tarde, le llevé igualmente la tesina publicada en la que recogía de nuevo el texto. Le hizo

ilusión aquel hecho curioso, embrión de fundación luego cortada y trasladada a Corral Rubio (Toledo).

Me acuerdo también de cómo le comentaba si yo había visitado tales o cuales ruinas de un antiguo monasterio jerónimo; al instante, él me decía que había estado allí en tal año y cómo se encontraban entonces. Por ejemplo, recuerdo haberle referido las de La Sisla, que veía en nuestras marchas y a paso ligero dentro del campo de maniobras de la Academia de Infantería de Toledo cuando estuve formándome en ella para ser alférez de SEFOCUMA-IMEC en 1994; y las de monasterios como La Armedilla (próximo a Cuéllar), La Mejorada de Olmedo y San Miguel del Monte (Burgos), o el monasterio restaurado de Nuestra Señora de Prado de Valladolid, tan notorio para la memoria de Fr. Hernando de Talavera. En todas estas ocasiones, veía inmediatamente también el entusiasmo de Fr. Ignacio por la historia de la Orden y su amor por ella; vibraba, ciertamente, cuando se hablaba de la Orden y de su historia. Él me animó a veces a presentar algún trabajo, por ejemplo en el Simposium celebrado en San Lorenzo de El Escorial en 1999 sobre «La Orden de San Jerónimo y sus Monasterios»: lo hice sobre la biblioteca del monasterio de Espeja (Soria) según el inventario de la desamortización de 1820, en el Trienio Liberal.

Creo que puedo sentirme dichoso de haber conocido a dos figuras muy notorias de la Orden de San Jerónimo y de su segunda restauración en los años de la posguerra española: Fr. Antonio de Lugo y Fr. Ignacio de Madrid. Percibí diferencias de planteamiento sobre bastantes aspectos entre ellos, que no se trata de referir aquí. Por mi parte, mis planteamientos acerca de la vida religiosa consagrada coincidían mucho más en conjunto con los del P. Lugo, en una línea muy tradicional y a la vez acorde con la renovación propuesta por el Concilio Vaticano II (valga recordar su libro *El santo propósito*), mientras que con Fr. Ignacio me encantaba participar de su entusiasmo por la historia de la Orden. En ambos he visto un sincero y profundo amor a la Orden, con dos perspectivas diferentes acerca de cómo llevar a cabo la renovación de la misma a partir de las pautas del Vaticano II. No es el caso de entrar ahora más a fondo en estas cuestiones, pero sí me parece oportuno al menos dejarlo enunciado. A ambos guardo cariño, respeto y admiración, y las diferencias entre ambos, con sus aciertos y con sus errores, deben quedar para un juicio sereno de la historia, quizá con un poco más de tiempo para que se asienten las cosas.

Cuando decidí ingresar en la Abadía benedictina de la Santa Cruz del Valle de los Caídos (lo hice en marzo de 2002), ambos respetaron por completo mi decisión. A ambos, lógicamente, les habría gustado que yo entrase en la Orden de San Jerónimo y a ambos me costó comunicarles mi decisión final. Pero ambos la acogieron como fruto de la voluntad de Dios y me encomendaron y animaron, al igual que otros monjes amigos de El Parral. En el P. Lugo estaba avanzando notablemente por entonces la enfermedad de Alzheimer y ya comenzaba a perder bastante la noción de las cosas, pero todavía se enteró más o menos bien de lo que le comunicaba. El P. Ignacio, por su parte, estaba bien en sus facultades mentales y no sería hasta años ya más cercanos a su muerte reciente en 2017 cuando comenzara a perderlas.

Como monje ya del Valle, seguí en contacto con Fr. Ignacio en las visitas que nos hacemos regularmente entre las comunidades de El Parral, El Paular y el Valle con

motivo de alguna de nuestras fiestas patronales, así como en alguna visita más que hice a El Parral en estos años. Siempre me recibió y trató con sincero cariño y los monjes de El Parral me transmitían con frecuencia el afecto que me tenía. Me dio pena ver el deterioro mental, más que físico, de los últimos tiempos, como antes he indicado. Cuando me avisaron que había fallecido, asistí a su entierro lleno de recuerdos de él, de los otros jerónimos que conocí y que yacen sepultados también en el claustro de El Parral (Fr. Marciano, Fr. Francisco Vázquez, Fr. Rafael, Fr. Antonio de Lugo, Fr. Pablo Klein, Fr. Julián); me vinieron todos los recuerdos de mis contactos con la Orden de San Jerónimo, con Yuste y con El Parral, con los monjes vivos y difuntos que he conocido y me honro de conocer. Tuve la impresión de que, primero con la muerte de Fr. Antonio de Lugo y ahora con la de Fr. Ignacio de Madrid, había desaparecido el testimonio vivo de una época, aquella de la segunda restauración de la Orden en la posguerra, que con tanto cariño recordaban, incluso conscientes de las tremendas dificultades que la propia Orden había atravesado en aquellos años. También tuve la impresión de que había desaparecido el último de aquella generación de monjes que, sobre todo desde los años 50 y 60, potenciaron los estudios de historia monástica a través de publicaciones y revistas como *Yermo* y mediante congresos y semanas de estudios monásticos; efectivamente, ya como monje del Valle, he ido viendo morir en estos años a algunos de aquellos impulsores y participantes notables como, entre otros, los benedictinos P. Tomás Moral (Leyre), P. Ildefonso Gómez (El Paular) y, por supuesto, el P. García M. Colombás (Montserrat); el cisterciense P. Damián Yáñez Neira (Oseira); o el P. Ignacio de Madrid. Puedo honrarme de haberlos conocido y en ocasiones mucho, como al P. Ildefonso, al P. Damián y al P. Ignacio; o de haber tratado todavía notablemente con ellos de manera personal, como el P. Tomás, o por correo ya al final, como el P. Colombás. El P. Ignacio, entre ellos, puso su granito de arena con sus aportaciones sobre la Orden de San Jerónimo, como el P. Ildefonso lo hizo en favor de la Orden de la Cartuja, cuyos monjes no podían asistir a estos eventos por su carisma eremítico y de retiro absoluto.

Descanse en paz y que Dios le haya concedido la gloria celestial. Confío en que esa certeza que él expresaba tantas veces diciendo: «Dios es bueno, buenísimo», y «con este Dios tan bueno que tenemos», como muchas veces le oí de su boca, se haya plasmado ya en evidencia al poder contemplarle cara a cara, como pido y deseo por intercesión de Nuestra Señora de El Parral, de San Jerónimo y del Beato Manuel de la Sagrada Familia.